



Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

10



Celia y el río



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 10

Celia y el río

Relato pal desolvido derivado del informe *La guerra vino de afuera. El Bloque Pacífico. En el sur del Chocó: una herida que aún no cierra*, n.º 14 de la serie Informes sobre el Origen y la Actuación de las Agrupaciones Paramilitares en las Regiones. Bogotá, CNMH, 2022. 452 págs.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Celia y el río

Relato pal desoldido n.º 10.

*Colección • Relatos pal Desoldido
Narrativas de la Verdad Histórica*

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
(2022- agosto 2026)
Carlos Mario López Rojas (e)
(agosto 2026)
Dirección General

Carlos Mario López Rojas
**Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Natalia Escobar Sabogal
**Línea conceptual, metodológica y
articulación técnica de los proyectos
de investigación-creación.
Apropiación Social de la Verdad
Histórica. DAV.**

Juan Biermann López
Investigación, redacción y edición

Fabián Carvajal Álvarez
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanezza Escobar Behar
Julian Esteban García Romero
Lina Margarita Perea Mojica
**Apoyo y acompañamiento a la revisión
técnica**

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Gustavo Adolfo Patiño Díaz
Corrección de estilo

Primera edición: agosto 2026
Número de páginas: 28
Formato: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7948-05-1
ISBN digital: 978-628-7948-06-8
Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in
Colombia
Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria
Histórica**
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2026). *Celia y el río*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desoldido son ficticios.

Este libro es de carácter público.
Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso, se
disponga la autorización del Centro
Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica.

Celia y el río / Centro Nacional de Memoria Histórica ; investigación
y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración
Fabián Mauricio Carvajal Álvarez ; edición Linda Carolina Rodríguez ;
línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal. -- Primera
edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2026.

28 páginas : ilustraciones. -- (Relatos pal Desoldido ; n.º 10).

ISBN impreso: 978-628-7948-05-1
ISBN digital: 978-628-7948-06-8
ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5
ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Memoria histórica - Colombia 2. Conflicto armado - Colombia
3. Paramilitarismo 4. Violación a los derechos humanos 5. Narrativa
testimonial I. Biermann López, Juan, investigador y redactor. II. Carvajal
Álvarez, Fabián Mauricio, ilustrador y diseñador. III. Escobar Sabogal,
Natalia, línea conceptual y metodológica. IV. Centro Nacional de
Memoria Histórica. V. Serie. VI. Título.

CDD: 303.66

CO-BoCMH

I

Comunidad de San Pablo, cauce medio del río San Juan, en Chocó, 44 kilómetros río abajo de Istmina. Últimos días de marzo de 2003.

El cuerpo sin vida de Luis Bonifacio Mosquera —más conocido en la comunidad como «el Boni»— fue hallado donde Celia dijo que, en sueños, el río se lo había indicado.

Celia, niña de 11 años, le contó de su sueño, en primer lugar, a su hermana mayor —también figura materna—, añadiendo que el río no tenía intención de llevarse lejos a quien debía descansar en estas tierras.

Magali —hermana mayor de Celia— le contó esto a Felicia, la abuela, agregando que la niña, al referirle lo soñado, no había llorado ni reído y que, pese a que a veces hacía bromas, le parecía que este no era el caso.



Felicia habló con Braulio, menor que ella un par de años, conocedor del río San Juan desde Istmina hasta la desembocadura en el océano Pacífico. Lo convenció de hacerle caso a lo que el río, a través del sueño de Celia, había mandado decir.

Al día siguiente, Braulio, al ver que el cielo clareaba, llamó a sus colegas y, sin mayores explicaciones, los llevó en su barca río abajo, hasta «la curva donde hay una ceiba muy grande» —así había dicho exactamente la niña—, a donde no tardaron en llegar; y, una vez allí, sujeto por las raíces del enorme árbol, hallaron el cuerpo del Boni. Con cuidado, como temiendo que se quejara, lo sacaron del agua, lo

subieron a la barca y, remando contra corriente, regresaron a su puerto de origen.

Esa misma noche fue el velorio. Al otro día, Luis Bonifacio recibió digna y sagrada sepultura, y durante los nueve días siguientes la comunidad se reunió cada noche a rezar el rosario y a cantar salves y alabaos.

La última de esas noches, Celia se escabulló a la orilla del río, se sentó en una piedra, introdujo los pies descalzos en el agua y, al sentir ese contacto, sin necesidad de pronunciarla brotó en ella la pregunta que venía rondándole: «¿Por qué fue a mí a la que le contaste dónde estaba el Boni?».

Sin esperar respuesta, Celia recordó que el Boni, en la comunidad, era quien sabía qué árboles cortar para, con esa madera, fabricar sillas, mesas, techos y barcas; y, sobre todo, era quien mejor conocía los caminos del monte, que recorrió a diario durante más de la mitad de su vida.

Celia había escuchado que los adultos creían que la muerte del Boni se debía a que él se había negado a servir de guía al ejército invasor que había entrado a la región para controlar el tráfico de drogas y, de paso, a la población residente.

Celia no terminaba de entender del todo la situación. Lo que sí tenía claro era que ese «ejército invasor», esos «paracos» —como algunos adultos los llamaban—, habían dejado en la comunidad un vacío que no sería fácil volver a llenar; y entonces, con los pies aún dentro del agua, entendió por qué el río la había elegido.

Desde el día siguiente, y casi a diario, mientras su hermana-madre se dedicaba a lavar arena en busca de pepitas de oro con otras mujeres y hombres, Celia —sin alejarse demasiado del río— empezó a explorar los alrededores; y no

le importó que la lluvia o incluso los mosquitos o la maleza quisieran detener su voluntad de conocer.

Poco a poco, sus exploraciones la llevaron más y más lejos; y cuando su hermana-madre, al caer el sol, al verle arañazos en las pantorrillas o en los antebrazos, le preguntaba qué había estado haciendo, Celia tan solo se encogía de hombros y, entre dientes, musitaba:

—Ando aprendiendo del Boni.

Las primeras veces, Magali no le dio mucha importancia a este asunto; pero cuando se dio cuenta de que la niña siempre respondía lo mismo, acudió a Felicia; y Felicia, a su vez, a Aurelia, reconocida sabedora de la comunidad, que al enterarse llamó a la niña, le regaló una pequeña cruz de madera y, junto con otras mujeres, una noche sin luna, durante el rezo de un rosario, elevaron plegarias —al río, al monte, a la Virgen— para que nada malo le fuera a pasar.

Además de sentir el respaldo de su comunidad, a partir de esto Celia se sintió más orientada en los caminos que, sin rumbo fijo, venía reco-

rriendo. Esto hizo que sus exploraciones también tomaran entonces más tiempo y, sobre todo, la llevaran cada vez más lejos. Y, sin importunarlos, pudo ver monos y puercos de monte, dantas, boas, tucanes, guaguas, tortugas y hasta un jaguar peleando con un caimán a orillas del río.

Pero lo más importante para ella fue hallar finalmente lo que andaba buscando sin haberlo visto antes: otros seres humanos, de tez color ladrillo, pelo muy corto, verde su indumentaria, negras sus botas, llevando «pistolas largas», viviendo en un claro abierto a machete, muy cerca de la orilla del río.

Al escucharlos, y luego al verlos, Celia sintió miedo por primera vez. Ellos debían ser parte del «ejército invasor» que, sin querer queriendo, al fin había podido ver. Temió que la vieran, que la agarraran, que le exigieran convertirse en su guía. Sin embargo, no huyó: se quedó muy quieta y, sin dejar de seguir sus movimientos, escuchó atentamente lo que decían.

Uno de los hombres, que llevaba una gorra en la que brillaba una insignia metálica, llamó a otros tres y les dio instrucciones:

—Necesito que cojan la lancha y se vayan ya mismo pa Istmina y le entreguen a Caliche este cuaderno —les entregó una libreta espiralada— para que él se la haga llegar a Jonathan, ¿entendido? ¡Ah! Y tráiganme al volver siquiera dos cuadernos nuevos y unos cuantos lapiceros también.

Al ver partir a los tres, el hombre de la gorra tomó una radio y, tras intercambiar algunas palabras que Celia no entendió, dijo claramente:

—Ya salieron para allá. Quedo a la espera de nuevas órdenes.

Agitada de pronto por su pueril curiosidad, Celia quiso saber a dónde habían ido los tres hombres con el cuaderno. Pero la torpeza le jugó una mala pasada y sin querer pisó con demasiada fuerza una rama que crujió al quebrarse. El hombre de la gorra escuchó ese ruido, giró su cuerpo, desenfundó el revólver y apuntó directo a donde estaba la niña. Pero no la vio ni disparó. Volvió a guardar el arma mientras profería una sonora maldición, acompañada por una pregunta:

—¿En qué momento creí que esto sería pan comido?

II

Punto de control del Bloque Pacífico-Héroes del Chocó a orillas del río San Juan, 31 kilómetros río abajo de Istmina. Miércoles 11 de junio de 2003.

Sin pausa caía la lluvia como tupida cortina de agua impidiendo ver qué había a más de dos o tres metros de la nariz.

—¿Qué horas son, Poveda? —preguntó alias Alfredo a su subordinado, tras aplastar con su palma abierta un mosquito que le caminaba por la nuca.

—Hora de que pare de llover, mi teniente. Llevamos en estas desde mediodía.

—¿Ya dieron por lo menos las cinco?

—Falta un cuarto.

Ese puesto de control llevaba unos seis meses instalado, pero Alfredo, como comandante, pronto cumpliría apenas su primer trimestre. Era el tercero que ocupaba ese cargo y había sido el único capaz de interceptar dos lanchas que transportaban presuntos víveres para la guerrilla. Pero, mientras veía llover, solo pensaba en que ya iba siendo hora de que enviaran su reemplazo para poder aportar a la *organización* desde un contexto menos aislado.

—¿Será que no va a parar de llover nunca? —preguntó el comandante con tono lastimero.

—No todo son penas aquí, mi teniente —lo animó el subalterno—: mejor ver llover que estar esquivando balas. Además, aquí nadie nos viene a controlar.

—Cierto, nadie vendrá a controlarnos, pero ¿qué me dice de los mosquitos? Eso por no hablar de las culebras y de todos esos malditos bichos que no dejan de moverse de un lado a otro, que además les cambian el puesto a las cosas, cuando no se las llevan.

Escuchar eso último sorprendió a Poveda. «Así que él también lo ha notado», pensó.

—No le voy a decir que eso sea agradable, mi teniente, pero al menos mantiene uno despierto.

—¡Despierto! ¡Despierto! —exclamó airado Alfredo—. Ya estoy mamado de no poder dormir tranquilo, con la ropa siempre húmeda, todo el tiempo pendiente de que no se me meta un escorpión entre el uniforme o en la botas o que alguna serpiente no se me trepe a la hamaca.

—Tiene razón, mi teniente; pero entre más tiempo aguantemos acá, más nos van a respetar...

—¿¡Quiénes!? —lo interrumpió.

—Pues los que no conocen esto, los que se la pasan en la ciudad... y también esos negros, que seguro todavía creen que la selva nos va a sacar corriendo.

Tras un momento de silencio, atravesado dramáticamente por el rugido de un trueno cercano, Alfredo confesó:

—No sé cómo esos negros no agradecen que uno venga a sacarlos de aquí.

—Porque son salvajes, mi teniente —lo animó Poveda.

—No solo salvajes —retomó animado el comandante—, también tercos como recua de mulas. Acuérdense no más del negro del otro día que no quiso guiarnos dizque porque nosotros ya veníamos perdidos. ¡Sí! ¡Terco, salvajes y guerrilleros! ¡Solo entienden con violencia!

Algo, de repente, llamó la atención de los dos hombres: la lluvia cesó casi de improviso, pudiéndose ver con claridad, húmeda y resplandeciente, la exuberante vegetación que rodeaba el cambuche en el que el comandante y el primer escolta esperaban pacientemente el fin del caudal caído del cielo.

—¡Casi que no! —exclamó el teniente.

—Es bien raro, ¿no? —habló Poveda—: estamos en medio de la selva, prácticamente a cielo abierto, y nos la pasamos encerrados...

Algo le iba a contestar Alfredo cuando, proveniente de la orilla del río San Juan —a unos 20 metros de allí— vieron venir una silueta también uniformada. Era alias Castro, un exguerrillero que había preferido cambiarse de bando, cuyo conocimiento del entorno era altamente valorado.

—¡No está, no está! —fue lo primero que le escucharon decir mientras lo veían acercarse agitando los brazos. Llevaba la preocupación en el gesto y, en la mirada, una angustia que Alfredo no le conocía.

—¿Quién no está? —inquirió el comandante, convencido ya de que algún «espíritu de la selva» debía estar divirtiéndose con ellos, jugándoles malas pasadas.

—¡La lancha, mi teniente, la lancha! ¡La lancha no está!

A Poveda y a Alfredo, tras escucharlo, les tomó unos segundos procesar tal información y reconocer sus inmediatas consecuencias.

—¡La lancha no está, mi teniente! —repitió Castro— ¡Se la llevó el río! Solo dejó la sogá... Es que ha llovido mucho y el río está crecido.

Alfredo sintió que un escalofrío recorría su espinazo y, al mismo tiempo, que la selva se le echaba encima.

—Ahora sí nos jodimos —dijo a media voz—; solo falta que la radio no quiera volver a funcionar.



III

*Comunidad de San Pablo,
jueves 12 de junio de 2003*

Pese a la lluvia del día anterior, el cielo amaneció clarito, como recién lavado.

Después del caldo del desayuno, contrario a lo que ya era en ella costumbre, Celia no se internó monte adentro, sino bajó al río con los demás, no llevando batea, sino una bolsa plástica llena de chucherías.

Cuando Magali, remangada la falda, encontró dónde ponerse a lavar oro, Celia se ubicó en una piedra cercana, metió sus pies descalzos en el agua y, minutos después, sin esperar a que su hermana-madre le preguntara por qué no estaba conociendo caminos, la niña dijo en voz alta:

—El río me ha vuelto a hablar; pero no, no, no son malas noticias. Una lancha de motor, vacía, anda por acá cerca. Si nadie la agarra, va a terminar abandonada en el mar.

Tal información siguió el cauce tradicional. Magali le contó a Felicia; Felicia, a Braulio; y Braulio, subidos en su barca, les dijo a sus colegas que el río estaba ofreciendo una lancha con motor.

Poco más abajo de la «curva donde hay una ceiba muy grande», hallaron, balanceándose tranquila, una lancha blanca con verde, con motor fuera de borda, dos bidones de unos diez litros llenos de gasolina —para alimentar el motor—, además de dos remos, una red de pesca, dos baldes y algunas tablas.

Ahí mismo estrenaron el motor, que remolcó sin dificultad la barca en la que venían y permitió que llegaran a su puerto de origen antes de lo pensado.

Para cuando regresaron, Celia ya había terminado de repartir los regalos que traía en su bolsa plástica. A Magali le regaló un espejo de bolsillo; a Aurelia, dos largos cordones negros; a Felicia, un pequeño perol. Y cuando vio volver a Braulio, salió a abrazarlo y le entregó un pedazo de manguera verde, muy útil para evitar regueros a la hora de alimentar el motor con la gasolina de los bidones.

Esa noche, Aurelia se le acercó a Celia y le preguntó si había tenido «pesadillas» últimamente. Celia no entendió el significado de esa palabra.

Aurelia le explicó que una pesadilla es un sueño desagradable que «hace que una quiera despertarse».

Celia escuchó la explicación; pensó un rato y contestó:

—No sé... Nunca he querido despertarme mientras sueño ni he querido ponerme a soñar cuando estoy despierta... Sigo sin entender qué es *pesadilla*.





**Si quieres leer y conocer más
sobre este informe, escanea
con tu celular el siguiente
código QR:**



O ingresa al siguiente enlace:



[https://centrodememoriahistorica.gov.co/
la-guerra-vino-de-afuera/](https://centrodememoriahistorica.gov.co/la-guerra-vino-de-afuera/)

Relatos
pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir en la
Imprenta Nacional de Colombia en
agosto de 2026.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon
las familias tipográficas Elephant, Noto
Serif y Georama



Celia tiene once años y el río le habla en sueños. Su comunidad lo sabe, la escucha y le cree. Afuera, una amenaza paramilitar avanza por el río y el monte. Adentro, la niña aprende a conocer cada camino, cada árbol, cada curva del río. Porque cuando el peligro acecha, Celia sabe que su forma de resistencia es conocer y reconocer lo que su comunidad debe defender.
